



EL NIÑO MARCIANO

DAVID GERROLD

A los padres primerizos se les enseña a «esperar lo inesperado». Especialmente a los padres ansiosos o aprensivos, que consideran la posibilidad de la adopción. ¿cómo puede uno saber algo acerca de un niño adoptado? Todo lo que David Gerrold sabía con certeza es que quería ser padre. Como soltero y gay pensaba que la adopción era la ruta más directa hacia la paternidad. Pero pronto descubrió para su alegría y desesperación- que la ruta emocional hacia la paternidad era cualquier cosa menos directa. De hecho era un viaje en una montaña rusa que cambiaría su vida para siempre. Y el niño que había escogido para adoptar no era a priori la mejor opción: abandonado en la infancia por padres drogodependientes. Abusos. Arrastrado de una casa de acogida a otra. Desorden de hiperactividad. Medicado para controlar sus accesos de violencia emocional y comportamiento antisocial. De modo que la conclusión de los expertos es que Dennis así se llamaba- era «difícil de colocar»: Un políticamente correcto eufemismo para decir «inadoptable». Era una aseveración deprimente que David no podía ni quería- aceptar. Necesitaba a Dennis. Y creía que Dennis lo necesitaba a él. Así de simple. Hasta que la realidad de la paternidad de un soltero llegó de improviso. Un retrato ardiente, honesto, divertido y conmovedor de las alegrías y riesgos de la paternidad, «el niño marciano» es la carta de un padre a su hijo. Un hijo que cree venir de Marte.

La versión en Relato Largo (*novellete*) de «El Niño Marciano» fue publicada por primera vez en la edición de septiembre de 1994 de *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*.

En 1995, «El Niño Marciano» ganó los premios Hugo, Nebula y Locus como el mejor Relato Largo de 1994.

Hacia el final de la reunión, la asistente social remarcó:

—Ah, una cosa más. Dennis piensa que es un marciano.

—¿Cómo dice? —No estaba seguro de haberla escuchado correctamente. Yo tenía papeles desparramados por toda la mesa de la sala de reunión, gruesos montones de informes incidentales grapados, evaluaciones psiquiátricas forradas en papel, diagnósticos clínicos fotocopiados, historiales de trabajadores sociales garabateados, informes mecanografiados sobre abusos, pilas atadas de transcripciones judiciales y también mis propias notas comprimidas. Hiperactividad. Síndrome de alcohol fetal. Maltrato emocional y físico. Cuestionario Connors. No tenía ni idea de por qué había tanto que aprender sobre los niños. Durante unos momentos, de hecho, estuve buscando la carpeta etiquetada con el título *Marciano*.

—Él cree que es un marciano —repitió la señora Bright. Era una mujer pequeña, muy correcta y educada—. Les dije a sus tutores que no era como los otros niños, «él es de Marte», por lo que no deberían esperar que se comportara como un terrícola todo el tiempo.

—Bueno, no pasa nada —dije, de forma un tanto precipitada—. Algunos de mis mejores amigos son marcianos. Encajará muy bien. Siempre que no traiga consigo babosas alienígenas gigantes del espacio exterior.

Debido a la expresión de sus caras con los ceños fruncidos, pude deducir que a los asistentes sociales no les hizo demasiada gracia el comentario. Por un momento, mi corazón se hundió. A lo mejor había dicho algo equivocado. A lo mejor estaba siendo demasiado simplón con mis respuestas.

Lo más difícil de la adopción es que tienes que pedirle a alguien que confíe en ti para dejarte a un niño.

Esto significa que debes estar dispuesto a dejar que examinen toda tu vida, absolutamente todo: posición económica, historial médico, casa y patrimonio, educación, personalidad, motivaciones, historial de arrestos, CI, e in-

cluso tu vida sexual. Esto significa que cualquier problema de autoestima que hayas tenido emergerá burbujeando hasta la superficie como las judías de la noche anterior en el baño de esta mañana. Y esto significa que todo el proceso de adopción se centra, sea el que sea, sobre tu lado más inseguro.

La gran sorpresa para mí fue descubrir que lo que yo pensaba que iba a ser el mayor obstáculo no lo era. Cualquier duda que pudiera albergar sobre el tema de la orientación sexual se disipó con la asistencia en el momento adecuado a una serie de seminarios sobre problemas legales, llevados a cabo por el Centro de la Comunidad Gay y Lesbiana de Hollywood. Dos abogadas, muy meticulosas en sus presentaciones, trataban problemas de adopción y custodia.

«*Simplemente di la verdad*», dijeron. «Si mientes sobre quién eres, los asistentes sociales lo averiguarán, se cuestionarán por qué lo haces y se preguntarán por otras cosas en las que puedes estar mintiendo. No te darán el visto bueno».

«Ha llevado muchos años y mucho trabajo duro realizado por numerosas personas, el educar a los asistentes sociales y a los jueces. Ahora hay seis mil adopciones anuales realizadas por gays, sobre todo en zonas urbanas. Si estás comprometido y cualificado en todas las áreas restantes, tienes las mismas oportunidades que cualquier otro». Esto es todo lo que necesitaba saber. Después de aquello, no fue un problema.

No, lo que me ponía más nervioso era ese sentimiento tan terrible y familiar de ser un segundón, de no haber sido lo suficientemente bueno para jugar con los niños mayores, u obtener el trabajo, o ganar el premio o cualquier cosa que estuviese en juego.

Por lo que a pesar de que el objetivo de esta entrevista era solamente ver si Dennis y yo éramos compatibles, sen-

tía que estaba siendo juzgado otra vez. ¿Qué pasaría si esta vez tampoco era lo suficientemente bueno?

Lo intenté otra vez. Comencé despacio.

—Sabéis, me estáis dando todo el tiempo tan solo las malas noticias, no sabéis siquiera si este niño es capaz de crear y mantener un apego profundo con alguien. Me da la sensación de como si con vuestras palabras estuvierais intentando quitarme la idea de esta adopción. —Me detuve antes de decir demasiado. De repente estaba enfadado y desconocía la causa. Estas personas solo estaban desempeñando su trabajo.

Entonces me di cuenta. Era eso, estas personas solo estaban cumpliendo con su obligación.

En ese momento, caí en la cuenta de que no había nadie en la habitación que tuviera el tipo de compromiso que yo tenía con Dennis, y ni siquiera lo había conocido aún. Para ellos, era solo un caso más que tratar. Para mí, él era... un niño que quería un padre. Él era la posibilidad de una familia. No era justo descargar mi frustración sobre este comité de mujeres que trabajan demasiado, cansadas y mal pagadas. De verdad les importaba. Pero no era el mismo tipo de preocupación. Tragué mucha saliva y con ella mi ira.

—Escuchen —dije incorporándome, colocando las manos deliberadamente con calma sobre la mesa—. Después de lo que este pobre pequeño ha tenido que pasar, si quiere pensar que es un marciano, yo no voy a discutir con él. En realidad, pienso que es encantador. Este niño está solo en el mundo y debe sentirlo de veras. Al menos, esto le da la ocasión de aferrarse a algo, una oportunidad, la única que tiene. Sería estúpido intentar arrebatársela.

Por primera vez les miré directamente a los ojos como si tuvieran que acomodarse a mis normas.

—Discúlpenme por ser tan presuntuoso, pero el niño tiene que estar con alguien que le diga que está bien ser un marciano y que deje que sea un marciano tanto tiempo como necesite.

—Bien, gracias —dijo la supervisora abruptamente—. Pienso que esto es todo lo que necesitábamos saber. En breve volveremos a contactar con usted.

Mi corazón se hundió con sus palabras. Ella no había entendido una palabra de lo que yo había dicho. Estaba seguro de que no había comprendido nada. Recogí todos mis papeles. Intercambiamos cumplidos y apretones de manos y paseé mi sonrisa de compromiso hasta el ascensor. No dije una palabra, ni mi hermana tampoco. Ella era mi mejor enlace para saber cómo funcionaba el mundo real. Esperamos hasta estar en el coche de vuelta, dirección a la Autopista de Hollywood. Ella condujo. Era agente inmobiliaria, por lo que pasaba todo el día en su coche. A lo mejor podía desenvolverse con tráfico agresivo; yo, no. Conducir no era divertido cuando había demasiados coches en la carretera.

—La pifíe —dije— ¿verdad? Me llené... demasiado de mí mismo, otra vez.

—Cariño, creo que estuviste bien —me dio una palmada en la mano.

—No van a autorizar la adopción —dije— sería una adopción monoparental. No lo van a permitir. Primero escogen a parejas casadas, como Ward y June. Luego escogen a mujeres solteras como Murphy Brown. Entonces, si no hay nadie más que puede encargarse del niño, considerarán a un hombre soltero. Estoy en el fondo de la lista. Nunca me darán a este niño. Nunca me darán niño alguno. Mi propio asistente social me advirtió que no albergara esperanzas. La asistente social del niño dice que hay otras dos familias interesadas. ¿Quién sabe lo que estarán diciéndoles los asistentes? Esta entrevista era solo una formalidad. Lo sé, era simplemente para demostrar que me habían considerado como un candidato. —Sentía la frustración creciendo dentro de mi pecho como un globo lleno de dolor—. Este era el niño para mí, lo sé, Alice. No sé cómo, pero lo sé.

Había visto la foto de Dennis por primera vez hacía tres semanas; un pequeño cuadrado de colores que sugería una sonrisa embaucadora.

Había ido a la Conferencia Nacional de Familias Adoptivas de América en el hotel Hilton del Aeropuerto de Los Ángeles. Había seis charlas por hora, seis horas al día, durante dos jornadas, sábado y domingo. Escogí los debates que yo pensaba que iban a serme más útiles para encontrar y criar a un niño, incluso compré cintas de casete —más de una docena— de las sesiones a las que no pude ir en persona. No tenía ni idea de que en las adopciones hubiera tantos problemas diferentes que solucionar. Absorbí todo como una esponja, escuchando con avidez los consejos de padres adoptivos, sus hijos mayores, psicólogos clínicos, abogados, trabajadores sociales y trabajadores del sistema de adopciones.

Pero la verdadera razón de mi asistencia era encontrar un niño.

Ya había sido admitido. Me pasé más de un año rellenando formularios y haciendo entrevistas. Pero la aprobación no significa que obtengas un niño. Solo establece que tu nombre está en la chistera. El emparejamiento padres-hijo se hace con la intención de cubrir primero las necesidades del niño. Es justo, pero muy frustrante.

Eventualmente, acabé en la sala del evento equivalente a la de los vendedores. Hileras de mesas, exposiciones arrebatadoras y venta de libros de todo tipo. Organizaciones. Agencias. Niños de Europa del Este. Niños de América Latina. Niños asiáticos. Niños con necesidades especiales. Listados fotográficos como catálogos inmobiliarios. Pasas las páginas y miras sus ojos, sus sonrisas, sus necesidades. «Johnny fue abandonado por su madre cuando tenía tres años. Es hiperactivo, enciende fuegos y ha sido cruel con animales pequeños. Necesitará terapia de gran alcance...». «Janie, nueve años, tiene un retraso profundo. Sufrió abusos sexuales por parte de su padrastro, necesitará atención

exclusiva las veinticuatro horas, día y noche». «Michael sufre una epilepsia severa...». «Lynda necesita...». «Danny necesita...». «Michael necesita...». Hay tantas necesidades. Era abrumador. ¿Cómo puedes siquiera comenzar a imaginar cómo es un niño partiendo de este tipo de descripciones?

¿Por qué había tantos niños en los libros con necesidades especiales? Retrasados. Hiperactivos. Maltratados. ¿Habían sido abandonados porque no eran perfectos, o eran las sobras que quedaban tras la elección de los que estaban bien? Lo que más me molestaba era que podía entender las emociones implicadas. Quería un niño, no un caso. Y algunas de las descripciones del libro parecían bastante intimidatorias. ¿Eran estos los únicos niños disponibles?

A lo mejor era egoísta, pero me encontré pasando las páginas buscando un niño que encarnara una respuesta más fácil. ¿Realmente quería introducir otro grupo de necesidades en mi vida, un soltero que era lo suficientemente mayor para ser considerado de mediana edad y que debería estar pensando seriamente sobre planes de pensiones?

Esta era la cuestión más importante de todas, ¿por qué quieres adoptar un niño? Era una pregunta para la que no tenía respuesta. No encontraba las palabras. Parecía que había algo que no podía dejar por escrito.

El cuestionario sobre las motivaciones había sido un muro de ladrillos que reposó sobre mi escritorio durante una semana. Solo para organizar mis ideas imprimí treinta páginas a espacio simple. Podía narrar grandes historias sobre lo que yo pensaba que debería ser una familia, pero realmente no podía responder a la pregunta de por qué quería un niño. No de forma inmediata.

La verdad sobre el asunto que apareció a las tres de la mañana era desagradable y egoísta.

No quería morir solo. No quería que me dejaran en el olvido.

Todos esos libros y guiones para televisión... no eran nada. Malgastaban árboles. Eran ejercicios de excesos. Hacían ricas a otras personas. Eran inútiles para mí. Rellenaban estanterías. Impresionaban al impresionable. Pero no demostraban que yo fuera una persona de verdad. No certificaban mi vida como una que mereciese la pena vivir.

Lo que realmente quería era marcar la diferencia. Quería que alguien supiera que había una persona real detrás de todas estas palabras. Un padre.

Me tumbaría quedándome despierto, atisbando en la oscuridad, intentando imaginar cómo sería, cómo lograría afrontar las diferentes situaciones que pudieran surgir, cómo trataría el día a día como padre. Imaginaba escenarios e intentaba averiguar cómo manejar situaciones difíciles.

En mi mente, siempre era amable y generoso, compasivo y sabio. Mi niño imaginario era cándido y alegre, lleno de amor y curiosidad inocente; agradecido de estar en mi hogar. Él era una presencia invisible viviendo dentro de mi alma, desafiando a la realidad para recuperar lo perdido. Me preguntaba dónde estaría en este momento, cómo y cuándo lo conocería finalmente, y si la realidad de ser padre sería tan maravillosa como el sueño.

Pero todo era Fantasilandia. Los libros eran la prueba. Estos niños tenían historias brutales, trágicas y descorazonadoras.

Deambulé hacia la mesa siguiente. Uno de los trabajadores sociales del Departamento de Servicios a la Infancia del Ayuntamiento de Los Ángeles tenía consigo un libro de fotos. Me presenté, le dije que había sido admitido, pero no emparejado. ¿Podría mirar el libro? Sí, por supuesto, me dijo. Pasé las páginas despacio, estudiando los rostros inocentes, buscando uno que pudiera ser el de mi hijo. Todas las fotos eran de niños negros y el ayuntamiento ya no hacía adopciones interraciales. Demasiado controvertidas. Los trabajadores sociales negros se habían opuesto, yo enten-

día su punto de vista, pero ¿cuántos de estos niños no encontrarían ahora hogares?

Escondida como un pensamiento tardío, en la última página estaba la foto del único niño blanco del libro. Mi mirada se deslizó rápidamente por la foto, yo estaba cerrando el álbum cuando el impacto de lo que había visto me alcanzó, quedé paralizado en medio de la acción, abriendo el libro con fuerza y dejándolo abierto, como si nunca fuera a cerrarse otra vez.

El niño montaba en bicicleta por una soleada acera bordeada de árboles; lo habían fotografiado gritando y riendo ante quienquiera que estuviera sujetando la cámara. Su pelo rubio ondeaba salvaje al viento, sus ojos brillaban como estrellas detrás de sus gafas, su expresión era llamativa y exuberante.

No podía apartar los ojos de la foto. Una onda fría de certeza se desdobló subiendo por mi columna vertebral como una explosión de fuego y hielo. Era un sentimiento de reconocimiento. Era él, ¡el niño que había ocupado mi imaginación como un residente permanente! Casi podía escucharle chillando, «¡hola, Papi!»

—Hábleme sobre este niño —dije, de forma un tanto precipitada. La trabajadora social me miró de manera extraña. Comprendía su reacción; mi voz era rara incluso para mí. Intenté explicarme—. Dígame, ¿tienen gente que viene a mirar una foto y les dice que este es el niño?

—Todo el tiempo —contestó ella. Su cara se suavizó hacia una sonrisa comprensiva.

Su nombre era Dennis. Acababa de cumplir ocho años y la asistente había introducido su foto en el álbum aquella misma mañana. Por lo que, no, ella no disponía de mucha información sobre él. Y sí, procedería para que la asistente social del niño se pusiera en contacto con la mía. «Pero», dijo con cautela, «acuérdense de que otras familias pueden estar interesadas. Y recuerde que el departamento siempre

hace las adopciones desde la parte del niño, dándole prioridad».

No escuché lo que estaba diciendo. Oí las palabras, pero no las reservas. Porque yo simplemente lo *sabía*.

Llamé a mi asistente y le dije que este era el definitivo. Llamé a la asistente del chico y le conté que tenía que conocer al niño. Porque tenía este *presentimiento*.

Organizaron una reunión para hablarme de él y de todo aquello que necesitaba saber. Verona, mi asistente, me dijo que trajera a algún miembro de mi familia —mi hermana— y me advirtió antes de ir:

—Puede que este no sea el niño que buscas. Es hiperactivo y tiene otros problemas, no debes hacerte ilusiones todavía.

Hiperactivo.

Conocía la palabra, pero realmente desconocía su significado. Calvin y Hobbes. Daniel el travieso. Atila y los Hunos. Cosas por el estilo. Todos los estereotipos. Un crío que no se está quieto, que no puede estarse sentado, que no se concentra, que no puede acabar tareas y no puede ser controlado. No, definitivamente no quería un niño hiperactivo con problemas emocionales, pero no podía deshacerme del *presentimiento*.

Escribir libros te enseña a buscar información. Mandé mensajes por todo el *CompuServe* pidiendo información y consejos sobre adopción, el *trastorno de hiperactividad*, la recuperación después de abusos emocionales, problemas de conducta y sobre todo lo que se me ocurriera. ¿Cuáles eran las posibilidades de que este chico se hiciera un adulto independiente? Telefoneé a la línea de atención sobre adopciones y me pusieron en contacto con padres que habían transitado por el proceso. Una mujer había criado a tres niños hiperactivos y lo que contó sonaba como un campo de batalla. Un doctor fue absolutamente pesimista y esto me enfureció. Estas personas ni siquiera conocían a este chico.

Fui a librerías y bibliotecas. Me negué a aceptar las malas noticias. No me había embarcado en esto para fracasar. Llamé a mi prima Ken, la doctora, y me mandó por fax veinte páginas de estudios sobre el Trastorno del Déficit de Atención con Hiperactividad.

Fui a la reunión con tantos papeles, tan lleno de teorías y con tan buenas intenciones que probablemente parecía un perfecto idiota.

Verona, mi asistente social, se sentó a un lado; mi hermana en el otro. Eran los apoyos emocionales. En el encabezamiento de la mesa había un supervisor y un par de asesores. Al el otro extremo de la mesa estaba la asistente social de Dennis, Kathy Bright. Tras un breve intercambio de cumplidos, ella abrió su carpeta.

—Esta foto fue realizada el mes pasado cuando cumplió ocho años. La bicicleta fue su regalo. Era su gran deseo. No la teníamos presupuestada, pero él la necesitaba.

»La madre de Dennis, abusaba de sustancias y era alcohólica; le abandonó en un motel cuando tenía un año y medio. Su padre murió de una sobredosis inducida. En ocho años, Dennis ha pasado por ocho hogares de acogida.

Reaccioné bruscamente a lo que había escuchado. ¿Cómo? ¿Por qué ha estado en el sistema durante tanto tiempo?

Ella ignoró mi acusación implícita.

—Llevó un tiempo solventar que la madre perdiera los derechos de custodia. Había problemas legales. —Continuó con la explicación—: le maltrataron en dos de los emplazamientos que le dimos. En el primero, el abuso ocurrió entre los dos y los cuatro años, por lo que no estamos completamente seguros de lo que pasó; no pudo relatárnoslo con claridad. Dennis tuvo que testificar contra la mujer, fue muy duro para él; esto retrasó que estuviera disponible para la adopción.

»Y luego tuvimos problemas para encontrar una casa de acogida adecuada, porque personificaba lo que había vivido. Tuvimos que sacarle de su siguiente hogar de acogida porque estaban pegándole con un cinturón. Eso ocurrió cuando tenía cinco años.

»Dennis es hiperactivo —continuó ella— trastorno del Déficit de Atención con Hiperactividad. Está medicado con Ritalin para la hiperactividad y con Clonidina para mitigar los efectos secundarios del Ritalin; el Ritalin le produce tics musculares. También le sometimos a pruebas para ver si tenía efectos de alcohol fetal. Los resultados no fueron concluyentes. Aquí tiene una copia de la evaluación del médico.

»Dennis visita un psiquiatra una vez al mes para renovar su prescripción de medicamentos. Ha sido diagnosticado con un trastorno emocional severo. Teníamos esperanzas de que se estabilizara, y durante un tiempo pareció mejorar en el Hogar de Acogida Johnson, pero como se puede ver por los partes de incidencias su comportamiento ha estado empeorando. Vamos a tener que moverlo otra vez. Probablemente para internarlo en un centro específico. Dennis está clasificado como *difícil de ubicar*. —Terminó su exposición y depositó los papeles.

Difícil de ubicar.

Un eufemismo para *inadoptable*.

—No sabemos si Dennis está capacitado para una relación paterno-filial duradera. Se lleva bien con los adultos, pero es superficial. Sabe cómo desenvolverse en el sistema, todos los niños saben cómo hacerlo, pero no sabemos si puede vincularse a un padre. No tiene la experiencia real de vivir en familia, no sabe cómo comportarse, actuar: es obstinado, desafiante y destructivo. ¿Está seguro de que puede manejarse con él mientras destroza su casa?

Esto me dio una pausa. Había estado reformando, ampliando, arreglando, lijando y pintando durante casi veinte años. La verdad es que la casa empezaba a parecer un ho-

gar. Tuve que preguntarme, ¿qué clase de destrozos podría provocar un niño pequeño?

La elección que ella me estaba pidiendo que considerara era entre mi casa y mi hijo. Formulada así la pregunta, no había dudas. Era un niño pequeño tan asustado, iracundo y lleno de dolor que escapaba a toda comprensión. Todo en lo que yo podía pensar era en lo desesperado que debía estar. ¿Qué tipo de daño podría provocar este niño? No me importaba.

Mi asistente social, una típica madraza negra llamada Verona Davis, puso su mano sobre la mía y me susurró, «David, no seas un salvador. No le sirve ni a él, ni a ti».

¿Cómo no podría ser un salvador? Este niño *necesitaba*. Y sí, había escuchado cada palabra que habían dicho, y a pesar de que una parte de mí estaba horrorizada, otra parte estaba argumentando que no podía ser tan malo, y que si lo era, yo todavía manejaba esa creencia firme de que suficiente amor podía curar cualquier cosa. Obtuve eso de mi abuela, la persona más cariñosa que había conocido en mi vida.

Todas esas cosas y todas esas malas noticias, no eran motivos para abandonar al niño. Eran razones para comprometerse. No podía traicionar su necesidad de un padre.

Cualquier otro hubiera dicho que daba igual y se hubiera ido corriendo entre gritos de la habitación. Quería expresarlo. Este no era el niño que había imaginado. Estaba fuera de la línea que me había marcado, pero no importaba lo que dijeran, todavía no podía escapar del presentimiento que me decía que este era mi hijo. El niño de la foto había apresado mi corazón con tanta fuerza que había olvidado todas mis ideas preconcebidas del tipo de niño que yo quería.

Entonces, Kathy Bright me pasó una enorme pila, un gigantesco acopio de «partes de incidentes». Acontecimientos que habían ocurrido en el hogar de acogida. No sabía